

EPÍLOGO AL APARTHEID Y TEMOR REGIONAL*

El próximo 27 de abril, las elecciones multirraciales y la nueva constitución de Sudáfrica ponen punto final a décadas de segregación legislada. Pero la invasión por miles de neonazis blancos de un *homeland* —que causó 67 víctimas— y el asesinato de tres de ellos a manos de oficiales negros a mediados de marzo¹ fueron un ejemplo más del ambiente explosivo que reina en el país. La amenaza de una guerra civil en Sudáfrica hace temblar a toda la región.

El concepto de África Austral es, para los habitantes de la zona, algo más que una mera suma geográfica de países. Los legados de un pasado colonial similar, las luchas —más o menos violentas— para alcanzar la independencia y los problemas con los que se enfrentan han engendrado un sentido de colectividad.

En este contexto, el gobierno de Pretoria —pero no el pueblo sudafricano— ha sido un enemigo para sus vecinos. Esta hostilidad ha originado una comunidad insólita, que mantiene extrañas relaciones marcadas por el pragmatismo y los dictados de su interdependencia económica. Esta se vio fomentada por la Guerra Fría, que convirtió la región en escenario de las disputas entre Occidente y la URSS. Cercado por gobiernos «marxistas», el régimen de Pretoria inició su lucha contra el comunismo, una lucha que implicaba la defensa del *apartheid*.

La cruzada se convirtió en una campaña de desestabilización en todo el cono sur del continente. Incluía la intervención militar directa, como en el caso de Namibia; el apoyo a grupos armados rebeldes —UNITA en Angola y Renamo en Mozambique—²; el fomento de enfrentamientos como los que se dieron entre ZANU y ZAPU en Zimbabwe tras la independencia; actos de terrorismo perpetrados, entre otros, en Zambia y Botswana; la propaganda y la imposición de sanciones económicas.³ Todo ello consolidó el poder de Sudáfrica frente a sus vecinos y la dependencia económica de estos.

Pero la política exterior de la cuna del *apartheid* ha dejado devastada toda la región. Sudáfrica sabe, como saben los otros países de su entorno, que ahora la prosperidad depende de una colaboración justa y equitativa. Fue la cooperación durante la sequía de 1992 la que hizo posible que los estragos no alcanzasen en África Austral las proporciones que se registraron en otras zonas del continente.

Pese a todo, los recelos siguen presentes. Despejar los temores de sus vecinos y crear un clima de confianza es ahora una de las prioridades de Sudáfrica. Su reciente intervención diplomática, junto a la de Zimbabwe —su acérrimo enemigo y principal socio comercial— y Botswana, ha evitado que el conflicto de Lesotho desembocase en un enfrentamiento civil.

¹ *El País*, 12 de marzo de 1994.

² Victoria Brittain y Kevin Watkins, «Imposible reconciliación en Angola y Mozambique», *cuatroSemanas* N° 14, marzo de 1994.

³ Para ampliar datos, v. *South African Desestabilization. The Economic Cost of Frontline Resistance to Apartheid*, United Nations Economic Commission for Africa, Addis Abeba, 1989.

Con esta nueva actitud y una situación interna estable, Sudáfrica puede coadyuvar a la reconstrucción regional. La rehabilitación y desarrollo de infraestructuras puede impulsar el sector de la construcción. Una relación económica más estrecha —y más honesta— supondrá para todos la ampliación de mercados y el crecimiento de la industria manufacturera. La agricultura, la industria, la minería y los demás sectores de la economía pueden beneficiarse de estos nuevos vínculos.

Sin embargo, si el proceso de reforma en Sudáfrica desemboca en un enfrentamiento civil, las consecuencias serán desastrosas. Dada la actual situación de Angola y Mozambique, los accesos al mar de Botswana, Lesotho, Malawi, Zambia y Zimbabwe quedarán prácticamente cortados. Los grandes grupos empresariales sudafricanos, que controlan la economía de la nación y tienen gran peso en la zona, acabarían abandonando el país. Además este ya no sería atractivo para los inversores extranjeros.

Todo ello, unido a los soterrados conflictos en la zona y a las consecuencias de los ajustes estructurales del Fondo Monetario Internacional, puede ser un caldo de cultivo perfecto para un conflicto a nivel regional de consecuencias catastróficas.

* Artículo original publicado en *cuatroSemanas* Y *LE MONDE DIPLOMATIQUE*
Nº 15, abril de 1994